

Para la hora del “Ángelus”.

Miércoles, 25/03/2020 - Anunciación del Señor

Dentro de nueve meses será Navidad. Hoy es el día en el que el ángel Gabriel en persona anunció a María que Dios deseaba que ella fuera la madre de su Hijo, encarnado en nuestra raza. Hoy, pues, celebramos la Anunciación y Encarnación del Señor. Nada mejor que este poema de Federico García Lorca para felicitar hoy a María por tan gozoso regalo:

Dios te salve, Anunciación,
morena de maravilla,
tendrás un Hijo más bello
que los tallos de la brisa.

Mensaje de Dios te traigo.
Él te saluda, María,
pues Dios se prendó de ti,

y Dios es Dios de alegría.

Llena de gracia te llamo
porque la gracia te llena;
si más te pudiera dar,
mucho más gracia te diera.

El Señor está contigo,

aún más que tú estás con Dios;
tu carne ya no es tu carne,
tu sangre ya es para dos.

Y bendita vas a ser
entre todas las mujeres,
pues, si eres madre de todos,
¿quién podría no quererte?

En el camino de Santiago, cuando llegas a la altura de los montes de Oca, te topas con el Monasterio San Juan de Ortega, y allí, en tal día como hoy, el rayo de sol que penetra por el ventanal ilumina el capitel románico del presbiterio, que representa la Anunciación. ¡Una maravilla de ingenio y devoción de los operarios medievales! Confieso que no he podido ver iluminado ese capitel, porque las dos veces que pasé por el Monasterio burgalés camino de Santiago era verano; pero me he imaginado muchas veces el sol irradiando sobre ese capitel tal día como hoy, y las palabras del poeta resonando en el silencio del templo: “tendrás un hijo más bello que los tallos de la brisa”.

Pero la Anunciación fue también el comienzo de un camino jalonado de espinos y contradicciones, el camino de la cruz que conduciría a aquel hijo a la resurrección gloriosa. Estamos muy cerca de los días en los que la Iglesia celebrará la pasión, muerte y resurrección del Señor. Este año, vivida tal vez con más intensidad que nunca, porque estamos también sumergidos física y personalmente en el dolor y la angustia de la crisis sanitaria. Otro poeta, Gerardo Diego, contemporáneo de García Lorca, puso alma y sentimiento al duro contraste entre la Anunciación y la Cruz con estos dolorosos versos:

Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas;
clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí, en mi torpe mejilla,
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.

Déjame que te restañe
ese llanto cristalino,
y a la vera del camino
permite que te acompañe.
Deja que en lágrimas bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo,

donde tu fruto se mustia.
Capitana de la angustia:
no quiero que sufras tanto.

Qué lejos, Madre, la cuna
y tus gozos de Belén:
«No, mi Niño, no. No hay quien
de mis brazos te desuna.»
Y rayos tibios de luna,
entre las pajas de miel,
le acariciaban la piel
sin despertarle. ¡Qué larga
es la distancia y qué amarga
de Jesús muerto a Emmanuel!

¿Dónde está ya el mediodía
luminoso en que Gabriel,
desde el marco del dintel,
te saludó: «Ave, María»?

Virgen ya de la agonía,
tu Hijo es el que cruza ahí.
Déjame hacer junto a ti
ese agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario,
cítame en Getsemaní.

A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa,
a ti, ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María. Amén.

Con la confianza de que el “anuncio” de la “encarnación” sea fuente de esperanza en estas semanas de aislamiento y purificación, oremos con los versos de estos dos poetas, pertenecientes a una generación, “la del veintisiete”, notable por su calidad literaria, su hondura humana y los sentimientos creyentes que muchos de ellos manifestaron sin rubor.